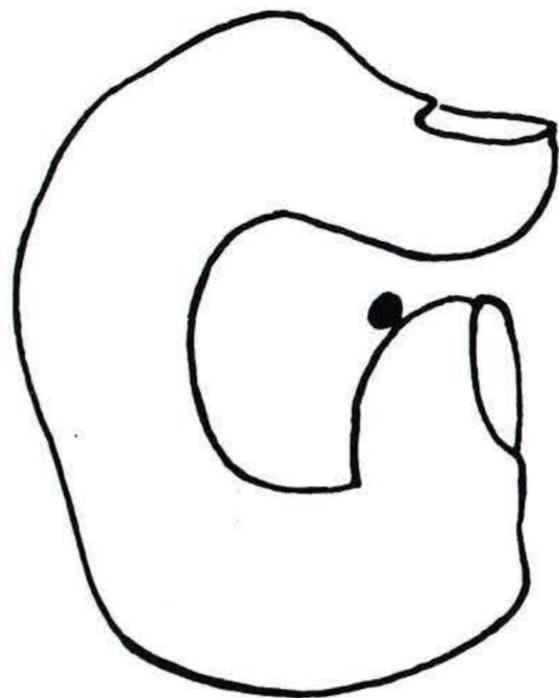


británicos a su cancillería. En la consideración de las peripecias del presente siglo, el libro de Christie parece llamado a ocupar un lugar.

1 James J. Parsons, *Antioqueño colonization in Western Colombia*, Berkeley, 1968, pág. 101. Citado por el autor, pág. 24.

GERMAN A. PINTO S.



Entre historiadores

La delgada corteza de nuestra civilización
Serie Breve, Procultura, Bogotá, julio de 1986,
193 págs.

Estado y clases sociales en Colombia
Serie Breve, Procultura, Bogotá, agosto de
1986, 205 págs.
Marco Palacios

Tanto el hombre público o político profesional como el estudioso u hombre intensamente privado producen reflexiones marginales al cuerpo de su actividad principal. Estas *marginalia* suelen expresar, en el primer caso, cierto compromiso con la vida del pensamiento y, en el otro, tímidos coqueteos con la vida de la acción. Estos artículos del rector de la Universidad Nacional, cuya publicación original se escalona entre 1981 y 1986, poseen una gradación sutil que recorre el camino que va desde la reflexión más desinteresada hasta los umbrales de la defensa de la política

internacional de un gobierno. En los dos libros se incluyen piezas tan diversas por la ocasión que les dio origen como un discurso de posesión en la Academia Colombiana de Historia, el prólogo de un libro, un corto ensayo periodístico, ponencias en congresos internacionales, síntesis de problemas colombianos incluidas en obras colectivas, y se ocupan en temas tan disímiles como la política internacional, la arquitectura de la colonización antioqueña, el comercio exterior o la definición de los esquemas políticos del siglo XIX y de los rasgos distintivos de una clase política.

En ningún momento estos artículos exhiben la usual hipocresía (o cortesía) académica de pretender que no son inmediatamente relevantes. A pesar de la variedad de su materia los dos libros tienen en común un tema dominante cuya urgencia es desplazada a menudo de los trabajos especializados: el de la definición colectiva como nación y la necesidad de una respuesta a esta pregunta para orientar la acción política en Colombia. ¿Dónde podrían buscarse los orígenes de esta definición? ¿En qué momento histórico? ¿En el siglo XVI o en el XIX? ¿Cuáles son las claves para entenderla? ¿Acaso la historia político-institucional, la historia económica, la historia social, la historia intelectual o la historia de los estilos y de los símbolos que informan los comportamientos colectivos? ¿Qué contradicciones encerraba la adopción de instituciones liberales con respecto a una tradición colonial? En estos artículos no hay una respuesta unívoca o uniforme. Ni una identidad en el estilo. Unas veces usan la jerga apretada que era usual en los "marcos teóricos" de los sesenta y los setenta; otras asumen el tono suelto de la *causerie* irreprimible o hasta el tono solemne de los fastos académicos.

Pero Marco Palacios es incapaz de una solemnidad definitiva. Por eso despoja los problemas ético-políticos de la formación nacional de toda entidad para reducirlos a un juego de imágenes en el que los patricios de la quina del siglo XIX son intercambiables con los marimberos más re-

cientes. El ensayo más sugestivo de los dos libros es sin duda, el titulado "la clase más ruidosa". Se trata de digresiones que tienen su punto de partida en una fuente, los informes de diplomáticos ingleses, e intempestivamente la abandonan para perseguir, en otras fuentes, una imagen menos distorsionada de las clases altas bogotanas. Describe así una "idiosincrasia" y unos "estilos políticos"; es decir, las entretelas y las sinuosidades de cómo se opera en Bogotá el ascenso social a través de la política. Cierta cultura como la afirmación de convenciones que identifican a una clase social o como la gramática que sirve para leer ceremoniales sociales da cuenta, es verdad, de un estilo *cachaco*. Pero, trágicamente, no da cuenta del país. Y mucho menos, como pretende el autor, de la civilización. A lo sumo sirve para hacernos conscientes de los mecanismos de ascenso y de aceptación dentro de un círculo estrecho, el *petit noyau* de madame Verdurin. Rodear esta versión provinciana de la civilización con todos los prestigios de la legitimidad induce a una lógica cínica. Y a esta lógica se opone otra no menos cínica: la que quiere hacer tábula rasa de cualquier convención para adueñarse del poder, de *todo* el poder, mediante el asalto armado.

El empleo de los conceptos del sociólogo Norbert Elias por parte de Palacios es confuso. Elias vuelve sobre la distinción, típicamente alemana (recuérdese a Spengler) entre *civilización* y *cultura*. Señala las condiciones históricas precisas de la Alemania del siglo XVIII dentro de las cuales nació el concepto de cultura. Este definía un conjunto de actitudes de intelectuales surgidos de una burguesía débil y excluidos de círculos cortesanos que preferían identificarse con una civilización cosmopolita. *Kultur* quería ser en estas condiciones una definición profunda de las virtudes elementales del pueblo alemán, en contraposición a la superficialidad de las maneras cortesanas. Desde entonces, gracias a la antropología, el concepto de cultura ha experimentado un proceso de universalización y sirve para caracterizar los elementos de cohesión de cualquier grupo

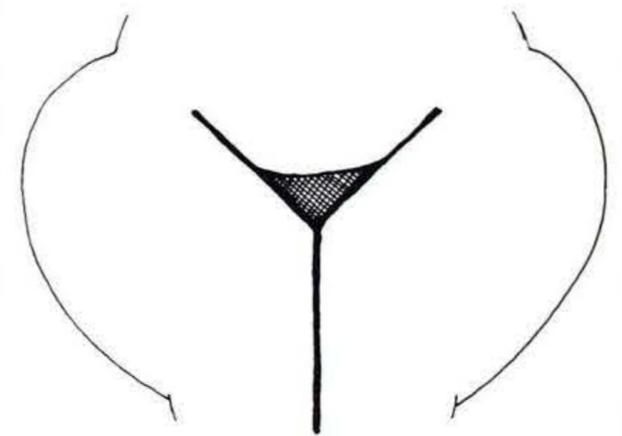
humano que afirme su autonomía o busque su autodefinición con respecto a otros grupos. Paradójicamente, el concepto de civilización ha perdido su impronta universalista. Los colombianos, por ejemplo, poseemos una cultura de la violencia o una cultura de la pobreza pero no podríamos tener una civilización de la violencia o de la pobreza. El proceso civilizador de Elias (Palacios prefiere "civilizatorio" como traducción de *civilizing* para conservar el sentido de un proceso inmanente, no impuesto desde fuera) es un proceso de autocontención, del primado de las convenciones sobre lo espontáneo.

Atribuir a Bogotá, al *cachaco* bogotano y a una clase política hormada sobre las convenciones de las *coterías* bogotanas esta alta misión resulta audaz y divertido. Bogotá tuvo siempre, desde los tiempos de los Flórez de Ocariz, estas *coterías* que han gravitado en torno del poder. Como las tuvo Quito y Chuquisaca. Gabriel René Moreno, el inigualable historiador boliviano, se refería a las "sonrisas pérfidas, de disimulos incalculables, de envidias punzantes, de aprehensiones recónditas, de perspicacias telescópicas, de todas esas exquisitas y dañinas poquedades altoperuanas, expertas hasta en el vacío, y que vibraban como microbios ganosos en el medio ambiente social" para describir a los "civilizadores" de Chuquisaca. Y el primer panfleto político conocido en Santafé (1717), con el nombre las "Brujas", caracterizaba estos círculos de manera muy similar a la de Moreno: "[...]ellos, con risitas afectadas, con cortesías fingidas, con promesas sin sustancia, con agachaduras y comedimientos ridículos, pretenden engañar a los simples". Es dudoso que estos círculos puedan atribuirse a sí mismos una misión civilizadora. Su contraposición deliberada y ostentosa a las formas culturales del resto del país han revelado, a la larga, su debilidad esencial. No digamos en una prosa acuosa (que se pretende "azoriniana") que diluye cualquier semejanza con una idea en la viscosidad de columnas periodísticas interminables o con la reproducción *ad nauseam* de jóvenes

viejecitos y astutos a los 25 años sino por el hecho ostensible de que la obra de un García Márquez, de un Grau, de un Obregón o de un Botero se alimenta de negritud, de trópico o de la remembranza de cursilerías provincianas. En el caso de artistas como Ferney Franco u Oscar Muñoz, el aura poética de la figuración nimba los ambientes en los que transcurren las vidas anónimas de la pequeña burguesía de provincia. ¿Vale la pena poner más énfasis todavía sobre el significado profundo y la vigencia del texto de Bolívar que Palacios reproduce en la página 52 de su discurso de recepción como académico?

El sesgo que introduce una valoración excesiva del proceso partidista e institucional se refleja también en el ensayo sobre "La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica". Esta es una síntesis, bajo la perspectiva del problema Estado-nación-región, de trabajos relativamente recientes. Para abordar el problema con una tesis no "economicista" y darle más bien una perspectiva política adecuada, Palacios recorre incidentes de una narrativa que abarca la historia del país desde el siglo XVIII hasta bien entrado el siglo XX. El análisis de los nudos de influencia de las ciudades coloniales y la jerarquización del espacio a través de estas ciudades, modelo que se prolongó hasta después de las guerras de Independencia, suena convincente. Pero después de 1850 parece faltar algo. En alguna parte el análisis está pidiendo a gritos la incorporación de nuevos elementos. La adecuación espacio y número de hombres que había permanecido más o menos constantes dentro de los claustros andinos comenzaba a cambiar. Los ejes coloniales se desplazaban hacia bolsillos de fronteras agrarias interandinas y con ello las polaridades culturales y étnicas adquirían un nuevo sentido. Entre otras cosas hacía posible la asimilación del mestizo, cuya presencia era dominante, en la "comunidad imaginada" de la nación. Este proceso, vasto y profundo, está contemplado en otro artículo sobre "Colonizaciones y exportaciones colombianas en la segunda mitad del siglo XIX". Pero si allí se

analizan los efectos económicos de la colonización interior, nada se dice sobre su impacto cultural. Parecería como si las soluciones políticas de finales del siglo XIX hubieran sido pensadas en función de la vieja ecuación entre los hombres y el espacio de los claustros andinos y no se hubiera tenido en cuenta esta realidad material y tangible de una población mestiza y mulata que se desbordaba en espacios disponibles, queriendo escapar a la férula del orden establecido por las preeminencias urbanas coloniales. Hoy, estudios sobre la violencia como los de Ortiz Sarmiento, Gonzalo Sánchez o James Henderson están mostrando la necesidad de estudiar la manera como se recrearon formas espontáneas de sociabilidad en las zonas de colonización, al margen de los proyectos, los hábitos mentales y los estilos de una clase política a la que Palacios atribuye una virtud civilizadora por el simple hecho de propiciar el ascenso social de intermediarios mestizos. Sin esta comprensión cultural, a la que apunta vagamente el prólogo de Palacios a un libro sobre la "Arquitectura de la colonización antioqueña" ("El espejo de los enigmas"), se estará siempre tentado a prohijar la vieja dicotomía de Sarmiento entre "civilización" y "barbarie".

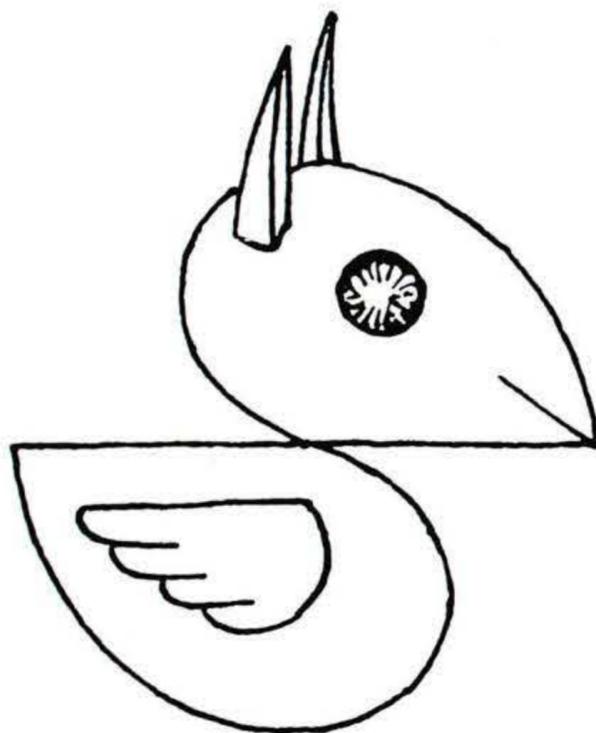


La debilidad de las síntesis de Palacios procede del hecho de que los análisis sobre el radicalismo y la Regeneración han sido siempre excesivamente políticos. La historia social de la segunda mitad del siglo XIX está por hacerse. Mientras no se llenen los nuevos espacios incorporados por las colonizaciones con hom-

bres vivientes, como lo hace, por ejemplo, Chatherine Le Grand, (y, curiosamente, el mismo Palacios en su obra más importante sobre el café), seguiremos moviéndonos en medio de las abstracciones y las significaciones ambiguas de los gestos políticos.

Las reflexiones de Marco Palacios tienen otra vertiente: la de la política internacional, cultivada en el ambiente propicio del Colegio de México. Leyendo estos ensayos no se puede menos de sentir cierta envidia por la amplitud del análisis que alimenta una institución como el Colegio de México. Tal vez por eso los breves artículos de propaganda incluidos en "La delgada corteza de nuestra civilización" resultan tan decepcionantes.

GERMAN COLMENARES



La geografía del café

Cafeteros y cafetales del Líbano

María C. Errazuriz

Universidad Nacional, Bogotá, 1986, 382 págs.

Este libro de la geógrafa María C. Errazuriz forma parte de la colección que en buena hora está editando la Universidad Nacional. No es necesari-

rio explayarse aquí en lo positivo que es para el primer centro de enseñanza universitaria del país la publicación de numerosas obras inéditas y algunas reediciones destacadas. Baste señalar que es un paso más en el necesario acercamiento de la universidad a la realidad del país.

Cafeteros y cafetales del Líbano constituye un buen ejemplo del aporte de la geografía a las ciencias humanas y de la articulación entre estas distintas disciplinas. Todo ello en el contexto de un estudio local: el del municipio del Líbano, situado en el noroeste del departamento del Tolima. El libro consta de cuatro grandes partes, las dos primeras más históricas que el resto, siendo el estudio de los acontecimientos contemporáneos el núcleo de la publicación. La primera sección es una apretada síntesis histórica de la economía cafetera municipal hasta los años cincuenta. En la segunda parte se estudia el impacto de la Violencia en la vida del Líbano. El proceso de tecnificación local introducido por la aplicación de la variedad caturra es trabajado en la tercera parte. Finalmente, en la última sección del libro se estudia la explotación cafetera en el Líbano de hoy en día, para concluir con una breve tipología de las unidades productivas y sus perspectivas futuras. El lector encontrará en esas páginas un exhaustivo análisis, llegando casi hasta el cansancio, de los distintos sistemas de contratación de la mano de obra, beneficio del café —única fase industrializada de la economía cafetera—, comercialización y crédito, todo en el contexto de los cambios tecnológicos adelantados en los años setenta. La novedad del texto radica en mostrar cómo las transformaciones técnicas tienen profundas consecuencias sociales.

Según describe María C. Errazuriz, en los años setenta se generalizó en el Líbano el cultivo de la variedad caturra, que hizo que el municipio pasara del vigésimo lugar en la producción cafetera nacional al quinto en el lapso de pocos años. La autora señala al Líbano como una especie de planta piloto de cultivo de la nueva variedad.

Paralelamente al incremento de la productividad, se presentan profun-

das consecuencias sociales, que obviamente serán diferentes según los grupos sociales vinculados a la actividad cafetera. La disminución de cultivos de pancoger, la sustitución del trabajo familiar por trabajo asalariado, la dificultad de acceso al crédito y a una tecnología avanzada, muestran indudablemente que los cambios ocurridos en los setenta tienden a debilitar las explotaciones cafeteras minifundistas y familiares, fortaleciendo la mediana y gran empresa cafetera. *Cafeteros y cafetales del Líbano* no es, en consecuencia, un frío estudio sobre las supuestas bondades de una nueva tecnología en el cultivo del grano. Por el contrario, allí se describe minuciosa y objetivamente las diversas implicaciones de dichos cambios.

El hecho de trabajar un proceso local tiene sus ventajas, pues se puede ilustrar empíricamente, hasta la saciedad, las transformaciones de todo tipo. Sin embargo, el localismo en el análisis conduce a conclusiones de dudosa generalización. Para subsanar esta dificultad, la autora intenta moverse, sin mucho éxito, entre el polo nacional y el local, especialmente en las primeras secciones del libro. Donde mejor se observa este intento es en el análisis del funcionamiento de la Federación de Cafeteros que, aunque general, es de gran interés. Particularmente llama la atención la tesis esbozada en el libro acerca de la "neutralidad" de la Federación en el conflictivo período de la Violencia. De ser cierta esta hipótesis, el papel de la Federación adquiriría una nueva dimensión en la historia del país, y de paso replantearía aquellas perspectivas que ven una politización exagerada en todas las instituciones nacionales en dicho período.

Mirando en conjunto la publicación, salta a la vista la debilidad de la primera parte, pues se trata de una apresurada síntesis de procesos históricos nacionales y locales, apoyada exclusivamente en fuentes secundarias. Ello es explicable en la medida en que el núcleo de la investigación era el período más contemporáneo. En consecuencia, el aporte del libro de María Errazuriz radica no tanto